

Poemas

David Hernández Celemín

TU TIEMPO Y EL MÍO

Hay una gran diferencia entre tu tiempo y el mío:
El tuyo transcurre entre libros, se pierde
por tu larga estantería, se deja
llevar por el vaivén
de las cenas programadas, el mío...
El mío en cambio se lleva a cuestras.
La soledad
se multiplica
cuando lo único que quieres es evitarla.
Me dijiste:
– Adiós, gracias por todo, pero ahí te quedas.
Ahí es un sitio abstracto, diferente.
Mi sitio fue una escalera que duró tres horas.
Una burbuja de aire cercando el estómago.
Me senté con los ojos callados.
Con la puerta entreabierta
del corazón.
Los corazones tienen la extraña costumbre
de gritar y revolverse cuando no están de acuerdo.
Hay una gran diferencia entre tu tiempo y el mío:
Tú lo conviertes en algo, lo mueves
de aquí para allá, juegas
con él para darle sentido.
El mío
simplemente
pasa
sin ti.

NUESTRO TIEMPO

Tuvimos nuestro tiempo:
Llamábamos casual al encuentro programado.
Ni tú eras mía, ni yo era tuyo,
ni éramos de otro ninguno de los dos.
Pero así como el agua se lleva
la huella de los pasos en el barro,
así como el árbol silvestre
se tuerce
y degenera,
así como tú y yo dejamos
de ser un día distintos
nos vimos
abocados
a la insulsa realidad.
Porque las cosas que son de nadie acaban por perderse.
Nada regresó a nosotros, la distancia repartió
injustamente sus papeles:
A ti te dio una vida nueva;
a mí la vieja
costumbre de quererte.

BERLÍN

Es abril del cuarenta y cinco:
Un niño
de pocos años
corre por las calles de Berlín.
La ciudad es un esqueleto rodeado de alimañas.
Le persigue
la muerte atornillada
a la culata de un Tokarev.
Los zapatos le huelen a sangre.

La camisa le apesta a sudor.
Corre.
Sobre la piedra rasgada observa
el cuerpo de una princesa.
Ya no recuerda cuando
comenzó a escapar;
se detiene.
Sus ojos cansados buscan
en el cadáver
el brillo que han perdido.
Las frías y azules mejillas parecen un desierto.
Sobre ella ruge el cielo con voz de tormenta.
Las bombas
no pueden
romper su descanso.
Lleva los brazos abiertos, una cruz
intenta abrazarse a la vida.
Nadie ha besado sus labios, nadie
se le ha despedido.
Él se arrodilla ante ella, olvida
su prisa, su miedo se queda pasmado.
Las frías mejillas parecen
revivir al tacto
de unos labios calientes.
Stalin se acerca por la izquierda, el niño
les ve pasar;
no se levanta.
Los rifles gritan, él
devora el silencio
como lo hace el mendigo que muerde
la tela roída, como el árbol
que apaga sus llamas
con aire caliente.
La ciudad es un esqueleto rodeado de alimañas.
El grito de una sirena incendia la habitación.
Me levanto.
Pienso:
La vida

como el amor
merece un final distinguido.
Apago el televisor.
Me rindo
al triste placer de estar solo.
El pasillo
guarda al final del trayecto
su vieja emboscada.
Berlín lleva muerto más de sesenta años.
Tú y yo
apenas unos meses.

PIENSO EN LA PALABRA NUNCA

Pienso en la palabra nunca:
– Nunca volveremos a ser los de antes.
Pienso
en lo lejos que estás ahora
de nosotros
y en lo cerca
que te has quedado de mí:
igual que una mancha de sangre
invade
el uniforme de un soldado abatido.
Hay una inmensa ciudad que lleva tu nombre.
Repites
tu palabra por calles oscuras.
Pienso en la palabra nunca:
– Nunca intentes acercarte de nuevo.
Y la estrecha soledad se posa
en mi mano, igual que moscas
sobre el vientre de un antiguo recuerdo.
Guillermo de Occam empuña
su navaja, y un disparo

se vuelve terriblemente
simple de explicar.
Aquella tarde en que abrimos las puertas
dejaron de ser inocentes
los santos.
Pienso en la palabra nunca:
En lo mucho
que lleva de ti.

NO BASTA UN PERDÓN

No basta un perdón para que vuelvan los pájaros.
Hace frío, es agosto, tus pasos se disuelven
por alguna de las calles que nos ha visto pasar.

Sonríes, te detienes, dejas las palabras:
– La noche es amarilla al son de las farolas...
– Y Cervantes – te interrumpo – cabalga por la plaza
sin nada que escribir.

Y entonces
miramos
Madrid desde la esquina de las partes segundas.
Miramos
el cielo
que se ha vuelto nosotros:
Pero no basta un perdón para que vuelvan los pájaros.
Ya no es suficiente
decirte que te quiero, si cada
vez que faltas
vuelvo a asesinarte.

HE DEJADO DE ESCUCHARTE

Homo nudus cum nuda iacebat
et non commiscebantur ad invicem.
Umberto Eco

Las sábanas encierran nuestros cuerpos
de la forma en que las tapias
retienen al ejército de cruces.

Pienso
en abril del treinta y tres:
sobre la Bebelplatz, Karl Marx
arde como esta noche
tu mirada en las paredes.
Llevas las palabras desnudas
lanzándose
igual que un salvavidas urgente
sobre el mar de los incómodos silencios.

He dejado de escucharte, las arañas
rodearán mañana nuestros besos
con su embudo
de seda olvidadiza.